

NOVELA FOX

Bajo el frac

Edmund Lowe Mary Astor



La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.
Barcelona Tel. 18551

Año I N.º 5

BAJO EL FRAC

Novela de aventuras interpretada por
EDMUND LOWE y MARY ASTOR

SUPERPRODUCCIÓN FOX

Exclusiva de
Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



BAJO EL FRAC

Argumento de la película

Cierta noche dos elegantes caballeros vestidos de frac sostenían animada conversación en el interior de un lujoso automóvil que se deslizaba rápidamente por las vías iluminadas de la ciudad.

—Verdaderamente, Barry — decía uno de ellos—, esta noche va usted de punta en blanco.

El aludido se limitó a sonreír y luego preguntó:

—Bien, “Conde”... ¿está todo preparado?

—Tan fácil es este “caso” que da vergüenza apoderarse de ese dinero — respondió su acompañante.

—No hay enemigo pequeño, pensémoslo bien...

Se trataba de dos ladrones de gran mundo pertenecientes a una banda que tenía aterrizada a la capital. Barry era el jefe de aque-

lla agrupación de hombres malos y el conde uno de los secuaces más eficaces.

Mientras el coche seguía corriendo por los asfaltados, el “Conde” con un cortaplumas raspó unos proyectiles de revólver.

Barry le miró con severidad:

—¿Cuántas veces le tengo dicho que no use balas de punta blanda? — le dijo.

—Es la manera de acabar más pronto...

—Pues no lo quiero... A todo hombre deben dejarse probabilidades de vida... excepto a los confidentes.

—En eso estamos conformes.

Llegados ante el establecimiento que debían asaltar, descendieron del coche y penetraron en la tienda. Sería cuestión de minutos el apoderarse de la caja.

Y así fué. Momentos después, los dos hombres reemprendían la marcha, mientras el sereno del almacén robado salía a la calle disparando varios tiros contra el coche que desaparecía.

Los ladrones pudieron escapar, y el sereno telefoneó inmediatamente a la policía.

—¡Soy el sereno del “Security Trust”! ¡Acanban de asaltar el establecimiento!

Cuando apareció la policía, Barry y su acompañante estaban ya muy lejos. Se despidieron los dos en una calle abandonada y sospechosa.

Barry, hombre joven, apuesto, se dirigió tareando una canción, hacia un cabaret donde tenía sus reales la cuadrilla mandada por él.

En el momento en que llamaba a la puerta vió a una mujer que estaba detrás de él y

que hacia ademán de avanzar hacia el interior.

Se trataba de una hermosa muchacha de negros y melancólicos ojos, una preciosa chica de aire tímido y asustado.

Barry la contempló con vivo interés.

—Adónde cree usted que va a entrar? — le preguntó.

—Quería ver a alguien en el segundo piso — murmuró ella.

—Y qué tiene usted qué hacer ahí dentro, pimpollo?

—Deseaba vender esta bolsa que he "birrado".

Y mostró un hermoso monedero que sus manos temblorosas sostenían.

En aquel instante pasó uno de los afiliados a la banda que saludó muy respetuosamente a Barry... Sonrió al ver a su jefe en compañía de una muchacha desconocida.

Barry sonrió también.

—Es una aprendiza de raterías que quiere entrar en la alta escuela — dijo el joven, riendo.

Desapareció hacia dentro el secuaz, y Barry preguntó a la joven:

—De verdad quiere vender el bolso?

—Si, señor... He vivido durante un mes de lo que había dentro de él... y ahora... buscare alguien que me lo compre.

—Yo mismo, nenita... Toma.

Y se quedó con el monedero y le dió un billete de cinco dólares.

—¡Gracias! — respondió la joven, conmovida. — ¡Hoy podré comer!

Barry, que no entendía de sentimientos, se echó a reir.

—Hambrienta, fatigada, muerta de sed y de seguro, único apoyo de una madre inválida... ¿no es así? — le dijo.

—¡No... sólo hambrienta y fatigada!

—Bien... entonces... ¿quiere venir un rato ahí dentro? Cenaremos juntos...

—¡Ha sido usted muy bueno para mí... y acepto!...

Y adquiriendo ya un desparpajo que hasta entonces no había tenido, se dispuso a seguirle.

Barry tocó el timbre y le franquearon la puerta.

El cabaret estaba lleno de gente. El propietario había visto antes encenderse una bombilla en el local, señal que significaba la llegada de un amigo.

—Hemos cambiado las señales — comentó con uno de los clientes —: una para amigos; dos para "primos" y tres para sorpresas policiacas.

Se sorprendió al ver a Barry con una mujer. El jefe no gustaba de enredarse en asuntos de amor. Lo había dicho algunas veces: las faldas son siempre comprometedoras.

El dueño se acercó a ellos.

Barry dijo:

—Le presento una antigua amiga mía, la señorita...

Se interrumpió para preguntar a la desconocida:

—¿Qué nombre es su favorito?

—Juanita — contestó ella sin vacilación.

—Le presento a Juanita. Oiga, niña... Le

presento a Ritzy, propietario del establecimiento.

Los dos se saludaron y Barry y Juanita fueron a ocupar una de las mesas del gran salón donde la música y el baile ponían alegres notas de jarana.

Algunos hombres, afiliados a la banda de Barry, contemplaban a éste y a la mujer que le acompañaba, con curiosidad.

¡Qué raro! ¿El jefe con una mujer? ¿Es que olvidaba que debían ir con pies de plomo?

Un camarero servía nerviosamente a las mesas y a veces miraba de modo particular a algunos de los hombres, en especial a Barry.

Un afiliado de la banda sorprendió aquella actitud y dijo a Ritzy:

—¿Es de toda confianza el nuevo mozo?

—Más le valdrá serlo...

—Es que nuestro juego es demasiado peligroso para permitirnos la menor imprudencia.

—No se preocupe... Ya sabe lo que la banda haría con él de resultar un confidente.

Entró en el local otro de los miembros de la banda. Fué a la guardarropía y despojóse del abrigo y del sombrero. Mientras lo hacía, la encargada le quitó bonitamente el reloj.

—¡Eh, eh! — protestó el hombre recuperando la joya—. ¡Bonita manera de tratar a los amigos!

—Bill, no pienses nada malo — dijo aquella buena pieza—. Sólo quería tener un recuerdo tuyo.

—Pero es que me crees tan cándido?

Y riendo fué a reunirse con otros compañeros de vicio.

Mientras tanto, Barry se sentía entusiasmado con la muchacha que sonreía encantada de hallarse en un ambiente propicio a su manera de ser. ¡Era guapa la moza! ¡A nadie le amarga una conquista! — pensaba Barry, riendo.

Bailó con ella y luego le dijo:

—Quiero que conozca al “profesor”.

Y la presentó a un caballero de aspecto distinguido quien sonriente le dijo:

—¡Choque esos cinco, nenita! ¡Alegra encontrar cosa buena en esta agradable reunión!

Cuando hubo desaparecido y volvieron los dos a sentarse, ella preguntó a Barry:

—Me ha dicho que era profesor. ¿De qué?

—De hurtos...

—¡Ah!

Y rió de modo misterioso.

—Y quiénes son aquellos otros señores que nos han mirado durante toda la noche y están en aquellas mesas?

—Son miembros de la banda... de mi banda. Juanita bajó los ojos...

—Y usted también debería serlo — le dijo Barry—. Aunque... usted es demasiado bonita para perder el tiempo en raterías.

Ella levantó la cabeza vivamente como protestando.

—No se me había ocurrido — dijo — que las apariencias pudieran influir en este... negocio.

—Es la mitad del éxito. Pero si creo que

podré aprovecharla a usted. Tendrá usted oportunidad para ganarse la vida.

La luz de señales encendióse por tres veces. Hubo un instante de suspensión.

Espiaron por la mirilla y uno de los hombres dijo, yendo hacia Barry:

—Es el detective Gilroy.

—Es extraño. Nadie telefoneó que venía — dijo Barry —. En fin, ¿para qué asustarse? Yo me voy...

Y sonriendo a Juanita, agregó:

—Venga usted a mi casa y trataremos de algunos asuntos.

En el momento de salir del brazo con la encantadora Juanita, entraba en el local el detective Gilroy. El nuevo camarero acababa de pasar ante el detective dándole, involuntariamente al parecer, un golpe en el brazo.

Gilroy miró a Barry y le dijo:

—¿Cómo tan presuroso esta noche?

—No tengo prisa, Gilroy. ¿Desea usted alguna cosa?

Se hallaban ante la puerta. El detective se acercó a él y le dijo en voz ruda:

—¿Dónde estaba usted hace una hora?

—¡Aquí, precisamente! — contestó sin inmutarse.

—No. Nadie más que usted y su banda pueden dar un "golpe" tan limpio como el del Security Trust.

—¡Mire, no me importune! Si tiene usted algo contra mí, deténgame!

—No urge. Cuando llegue el momento lo detendré... y me parece que tardará mucho en volver a las andadas.

—¡Pues avise cuando lo crea conveniente! Y salió con Juanita.

El detective miró entonces al grupo de hombres que se había formado a su alrededor y cuyos rostros estaban todos registrados en el gabinete de policía.

—Necesito saber cuánto tiempo ha pasado Barry aquí esta noche — dijo.

—Ha estado toda la noche, palabra de honor — respondió Ritzy.



—Quiero que conozca al "profesor".

—Claro, ya sabía que iban ustedes a mentirme.

Pero todos haciendo grandes espavientos aseguraron que Barry no se había movido de allí.

—¡Creen ustedes poder burlar la ley, pero la ley siempre vence!—les dijo enfurecido el policía. — No tardarán mucho en estar todos ustedes a la sombra.

El policía encaminóse hacia la puerta, nervioso por su fracaso. El camarero pasó junto a él y disimuladamente puso un arrugado papel en una de sus manos.

Este movimiento había sido advertido por uno de los secuaces. ¡Ah, lo sospechaba! El camarero era un enviado de la policía...

Para cerciorarse observó por la mirilla al detective que se hallaba en la calle parado ante la casa leyendo el papel que decía:

“Le veré más tarde en el mismo sitio”.

Volviéndose a sus camaradas, el ladrón les explicó la verdad.

—¡Nos ha delatado el camarero! ¡Hemos de suprimirle!

—¡De acuerdo! — contestó Ritzy.

Dirigióse al salón donde había vuelto el “camarero” y le dijo:

—Sirva cuatro vasos en la oficina...

Acercóse luego al director de orquesta y le ordenó:

—¡Más ruido! ¡Mucho ruido!

Y el director imprimió enérgico movi-

miento a la batuta y la orquesta atacó furiosamente un charleston.

Ritzy, acompañado de algunos cómplices, se dirigió al despacho del cabaret situado en apartado rincón.

Los ladrones examinaron sus revólveres cargados. Estaba todo a punto.

Entró el camarero y Ritzy cerró inmediatamente tras de él la puerta. Inmediatamente rodearon al emisario de la policía, amenazándole con los revólveres.

El espía temblaba sin poder apenas sostener la bandeja llena de vasos que tenía en las manos.

—¡Ah, confidente! — rugió Ritzy. — ¿Con qué papelitos a los detectives? ¡Beba y despidase de este mundo!

El otro intentó negar, pero le obligaron a beber.

—¡Beba pronto!

Tembloroso apuró un vaso. Estaba estrechamente rodeado por los ladrones. Bill, uno de los de la banda, exclamó:

—¡Confidente! ¡Ya no nos traicionarás más! Y disparó contra él dos tiros.

Cayó sin lanzar un grito muerto.

—¡Ahora carguemos con él y afuera! — dijo Ritzy.

Nadie había escuchado los disparos. La gente bailaba a los atronadores acordes del charleston.

Sacaron el cuerpo del policía y lo pusie-

ron en un coche cuyo chofer era también afiliado.

Ordenaron que lo dejase en una calle abandonada para evitar sospechas... Así acabarian su vida todos los confidentes como aquel.

Y volvieron al cabaret lleno de alegría de gente estúpida que bailaba.

Barry había llegado a su casa acompañado de la hermosa Juanita.

La joven se sorprendió al ver el inmenso lujo con que vivía su compañero. Admiró un hermoso cuadro de Monna Lisa, colgado en uno de los muros.

—¿Por qué le gusta a usted Monna Lisa? — preguntó, riendo, ella.

—Porque es la única mujer que ha tenido cerrada la boca durante cuatrocientos años.

—¡Es usted gracioso!

Ella cogió luego un libro y leyó sonriente el título. “Es necesario el matrimonio?”

—¡Ah! ¿se ríe usted de que pierda de ese modo el tiempo? — dijo él. — Creo que el matrimonio es una curiosa y antigua costumbre, pero de acuerdo con el autor no la creo necesaria.

Ella sonrió.

—Ese libro fué publicado por un escritor para justificar mi soltería. ¿No lo cree usted así? — siguió diciendo él.

—Tiene usted poco corazón.

—No me juzgue con demasiada severidad. Creo firmemente en el “matrimonio a prueba”, pero sin matrimonio...

Y miraba pícaramente a Juanita, como si ella tuviera que ser campo de experimentación.

—¡Va a ser un placer para mí que usted trabaje conmigo! — le dijo Barry, variando de charla.

—Y cuáles serán mis obligaciones si llevo a desempeñar el cargo?

—Hacer cuanto se la diga... sin decir nada a nadie.

—Lo probaré...

—Y ahora basta para esta noche de hablar de negocios... Mañana hablaremos más.

Se alejó de allí para volver con un botella de champaña, que ambos jóvenes apuraron sonrientes.

—Le mostraré la habitación. Vea... — le dijo...

—La habitación? — preguntó ella con extrañeza.

—Sí, pasaremos una nochecita espléndida. ¿No le parece?

Y reía como si Juanita estuviera de acuerdo con sus propósitos.

La muchacha sonrió con cierta amargura al contemplar desde fuera aquella sumuosa y única “habitación”. Vió con horror una sola cama y sobre ella, un pijama y una camisita de blondas.

¡Dios mio! ¿Y aquel hombre?

—No, no! Por el alma de Juanita pasaron extraños pensamientos. Ella quería dormir sola. Había aceptado ir allá para tratar de "negocios"; otra cosa no.

—Es usted encantadora. Me parece que he encontrado a la mujer ideal — decía Barry.

Pero Juanita, sin responder, entró en la alcoba no dando tiempo a su amigo a que penetrarse en ella; y cerrando la puerta con llave, le dijo, con una sonrisa muy suave:

—¡Pues... buenas noches, señor Barry!
¡Hasta mañana!

Barry quedó estupefacto. Llamó varias veces, insistiendo furioso.

—Pero, niña, ¿qué es eso? ¿No sabe usted que sólo tengo una cama? ¡Eh, eh, que yo quiero estarme también en mi cuarto!

Pero ella volvió a repetir un gracioso "Buenas noches" y ya no dijo más.

—¡Demonio de chica! — se dijo Barry que no perdía jamás ni en la contrariedad su irreprochable corrección. — ¡No la creía así! ¿Y qué hacer si no quiere abrir? Me resigno por ahora. Voy a tumbarme en este sofá.

Y quedóse dormido al poco rato sobre un confortable diván.

Pasó la noche. A la otra mañana una linda figura de mujer le despertó, tocándole por un brazo.

—¡Buenos días, señor Barry! — dijo riendo una alegre voz.

Barry miró a quien le despertaba y que era Juanita y respondió con un gruñido:

—¡Buenos días!

—¿Cómo ha pasado la noche?

—No tan bien como usted. Pero, digame, ¿cierra usted siempre la puerta con llave por la noche?

—En casa ajena... siempre — contestó ella.

—Pues mientras no sea más sociable, será mejor que se instale en casa propia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Va usted a ayudarme, ¿no es verdad?

—Sí...

—Pues bien, yo la instalaré en preciosa mansión... Además, provea bien su guardarropa en las mejores tiendas y que pasen la cuenta a mi nombre.

—¿Pero no sabrán que usted...?

—Todos los comerciantes me conocen. Para ellos, Barry no es más que un joven emprendedor que tanto promete en los negocios.

Ella aceptó... Comenzaba a inspirarle alguna confianza aquel muchacho que no había tomado las cosas demasiado en serio.

Y deseó actuar cuanto antes bajo sus órdenes.

* * *

Días después, la bella desconocida se había instalada en un suntuoso refugio.

Una tarde, Barry estuvo a verla, bromeando

largamente con ella y admirando el soberbio lujo de la estancia.

—¡Bellas vistas, bellas vistas! — dijo al contemplar el panorama.

Y luego mirando a Juanita que se hallaba sentada sobre la cama con cierto aire indolente, mostrando sus finas piernas calzadas con seda gris, dijo:

—¡Y también encantadoras vistas... las de aquí!

Ella rió y el joven se sentó a su lado. Intentó acariciarla pretendiendo besarla, pero Juanita repelió todo ataque llamando a un perro bulldog que tenía allí y que mostró los devoradores dientes al intruso.

Barry comenzaba a sentirse impaciente... No había encontrado nunca una mujer como aquella..., que estuviese dispuesta a ayudarle en sus hazañas de ladrón... y en cambio... al hablar de amor... tuviese pudibundeces de colegiala.

—Oiga, niña. Usted puede ser un buen elemento para “despistar” — le dijo creyendo que ella bromeaba—, pero no pretenderá perpetuamente ensayar conmigo.

—¡Oh, no bromeo! ¡Usted no me entiende! Seamos amigos, nada más.

—¡Qué lástima! ¡Y con lo encantadora que es usted!

No insistió, sin embargo. Admiró de nuevo las habitaciones que le había proporcionado y luego empuñó una pequeña pistola.

Juanita se asustó.

—¡Oh, no tema! — dijo Barry—. Voy a dejarle algo de defensa... por si hubiera ladrones en la vecindad.

Y puso en un precioso cofre lleno de cigarrillos y debajo de ellos aquella arma de juguete.

—Me voy. Prepárese usted para ser mi mejor colaboradora.



Intentó acariciarla pretendiendo besarla.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted tan pronto, siendo la primera vez que visita mis nuevas habitaciones?

Había en Juanita el deseo de mostrarse cordial y franca con su amigo, aunque alejada de todo terreno de amor.

—Sí... — respondió Barry—. Estoy citado con mi abogado... Ya pasare a recogerla esta noche.

—Muchas gracias. Cuando venga ya estaré arreglada.

Cuando Barry marchó, una sonrisa de júbilo iluminó el rostro de Juanita. Quería que su amigo confiase cada vez más en ella.

Aquella noche llegaron al cabaret, Juanita y Barry.

La entrada del jefe en compañía de la muchacha hizo fruncir el ceño a algunos individuos.

Uno de ellos se acercó a Barry y le dijo:
—Protegiendo a este pimpollo todavía, ¿eh?
—Diga a los demás que vengan a la oficina para conferenciar — le respondió Barry sin responderle directamente.

—Un momento! — insistió el cómplice.
Y apartándolo de Juanita, le dijo:

—Yo no sé, jefe, si podemos confiar en esta mujer.

—Respondo de ella — contestó Barry, malhumorado—. ¡Basta con eso! ¡Avisa a los hombres!

Se encerró en el despacho con Juanita y poco después llegaban los principales miembros de su banda quienes unánimes miraban a la muchacha con extrañeza.

—Señores — dijo Barry una vez los tuvo a todos reunidos—, esta señorita es nuestra nueva asociada.

Todos se inclinaron ante la evidencia, pero refunfuñando por dentro. ¡Mujeres, no!



—Seamos amigos, nada más.

El llamado "Conde", uno de los cómplices, arrugó el entrecejo. ¡Cuidado, Barry!

Ritzy dijo mitad burlón:

— Oiga, ¿es que esto tiene algo que ver con la ópera cómica? Porque yo creo que las mujeres están muy bien en el escenario, pero aquí...

— Yo también querría saber si se trata de algo serio o de pasar el rato — dijo "El Conde".

— ¡Silencio todo el mundo! Respondo de esa mujer... Es nuestra compañera y nos será leal. Quien no esté conforme que se vaya.

No le contradijeron. Barry les tenía el corazón robado. ¡Valía tanto! Y el jefe, contento del alcanzado triunfo, comenzó a exponer el plan para un asalto a un importante almacén de pieles de la ciudad a la siguiente tarde.

— Lo tengo todo bien estudiado... y nada puede fallar — dijo. — Oídme bien... El "conde" y Juanita entrarán como compradores a las cinco y cinco. Usted, Salkty, pasará leyendo un periódico. Usted, Ritzy, no tomará parte en este asunto porque bastaría verle la cara para alarmar a la policía.

— ¡Hombre, no hay para tanto! — protestó el aludido.

— El "Profesor" hablará con el portero de la tienda, para distraerlo.

— Entendido, patrón.

— Juanita se desmayará cuando el encargado del almacén esté lejos de la puerta. Enton-

ces el "Profesor" se hará cargo de su hombre y eso será la señal para entrar yo en el almacén... En cuanto a usted, Joe, debe estar unos seis metros más abajo del callejón. Bill le guardará el espacio hasta que usted lo ocupe con el coche.

Todo estaba planeado a la perfección. A aquel ejército nada le faltaría, ningún elemento de batalla...

Juanita pareció emocionarse un poco al conocer que iba a tomar parte tan principal en la expedición. Pero nada dijo. Allí en aquella reunión de hombres no podía demostrar cobardía.

Al día siguiente todos estaban en los sitios. Preparado el automóvil; el "Profesor" conversando con el portero del almacén de pieles y hablando con él junto al escaparate. Nada faltaba.

Barry en un coche aguardaba el momento oportuno para entrar en la tienda y apoderarse de la mayor parte de abrigos de valor.

Juanita, toda temblorosa y "El Conde", acostumbrado ya a esos trotes, penetraron en el almacén.

Los modistas comenzaron a mostrarles abrigos. Mientras Juanita parecía interesarse por los precios de las ropa, "El Conde" miraba en un armario los maravillosos ejemplares de piel que pronto iban a caer en poder de la banda.

Desde la tienda vió "El Conde" al profesor

que hablaba y reía con el portero, embobado en su charla. Perfectamente. Nadie podía evitar el robo.

Hizo una seña a Juanita que aparecía extremadamente nerviosa. Había llegado el instante de desmayarse. ¡Pronto!

Y Juanita, agotada, movió la cabeza y se dejó caer en brazos de la modista. Al propio tiempo sus labios se torcieron de modo doloroso y exclamó en voz baja pero que llegó a los asombrados oídos del "conde":

—¡Por Dios, no me descubra, pero no puedo más! ¡Les van a robar!

Y señaló al "conde" quien indignado por la delación de la mujer, sólo tuvo tiempo de pensar en la huída y ponerse en salvo.

Mientras tanto el "Profesor" al ver que Juanita se desmayaba había amenazado disimuladamente con un revólver al portero para que no se moviera de sitio.

Pasó corriendo junto a él "El Conde", quien le dijo:

—¡Ponte en salvo! ¡La muchacha de Bar y nos ha delatado!

El "Profesor" escapó a su vez... dejando libre al portero.

El modisto había cerrado, entretanto, la puerta de barrotes metálicos de la calle pero que permitía ver el exterior.

Temía que la casa fuese invadida por ladrones y amenazó a Juanita:

—¡Voy a entregarla a la policía! — dijo —

Va usted a confesar toda la verdad.

Barry apareció ante la puerta. Vió a Juanita en poder de aquel hombre y rápido como una ardilla, sin comprender aún lo que había sucedido pues todas las medidas para el éxito estaban tomadas a la perfección, empuñó una pistola y amenazó desde allí a los modistas.

—¡Dejen libre a esa mujer... o disparo! — gritó —. ¡Abran la puerta!

Atemorizado, el modisto franqueó la puerta y Juanita marchó con su amigo, subiendo a un coche y haciéndose conducir en el acto a su casa.

—¡No comprendo! — explicó él —. Es la primera vez que fracaso. Hay algo en todo esto qué no acierto a entender.

—No se desanime... Tendremos mejor suerte otro día.

El la miró y agregó:

—Si la hubiesen cogido, nunca me lo habría perdonado...

—Una gran emoción invadió a Juanita! ¡Y ella había traicionado a aquel hombre!

—¿Qué puedo significar yo en su vida — murmuró —, sino una cómplice de robos?

—¡Usted lo es todo para mí! — dijo él con profunda ternura y acariciándola —. ¡No hay cosa que no hiciera por usted!

En los ojos de Juanita brilló una luz de esperanza.

—¿Y si yo le pusiese a usted a prueba? — dijo ella, de pronto.

—¡Póngame! ¡Pidame usted lo que quiera!

—Entonces...

Y mirándole fijamente, agregó:

—Busque para mí los bonos de Woodstock...

Una gran sorpresa invadió a Barry. Pareció comprender algo grave... hacerse la claridad alrededor de aquella mujer.

—Comprendo bien — dijo con energía—. ¡Usted es una confidente de la policía y ha sido usted quien hizo fracasar mi plan de hoy! Usted quiere lo que yo robé; los bonos.

—¡No es cierto! — protestó ella—. ¡No soy confidente!

—Pues, ¿quién es usted que tan extraña petición me hace? ¿Cómo sabe de mis cosas?

—¡Esto le dirá quién soy y por qué estoy aquí! — murmuró ella, entregándole un recorte de periódico, mientras gruesas lágrimas rociaban sus mejillas.

El joven vió el diario que traía la fotografía de un muchacho y al lado la de Juanita.

Y leyó con gran curiosidad, debajo de ambos retratos:

Los bonos de Woodstock han sido robados. Es detenido el cajero del banco y su novia desaparece.

John Weston que ayer ingresó en la cárcel como supuesto autor del robo de los bonos Woodstock.

Juana Macdonald, novia de Weston, desaparece.

recida de su casa a raíz de visitar a su novio en la cárcel, y cuyo paradero se ignora.

—Pero... ¿es cierta... esa historia? — dijo Barry, sorprendido.

Y ella, llorando, se lo confesó. Sí, sí, para salvar a Weston del dolor de una acusación injusta, ella, sospechando que fuera la banda de Barry la que había realizado aquel delito, no vaciló en fingirse ladrona, en complicarse con la vida de aquellas gentes sin ley con tal de procurar recuperar los planos y salvar a un pobre inocente de presidio.

Barry la escuchaba con piedad.

—¿Y usted se ha lanzado a tal aventura por el amor de un hombre?

—¡Sí, le quiero! Weston es todo mi cariño.

El meneó la cabeza, melancólico.

—¡Si yo hubiese encontrado a una joven como usted, habría seguido el buen camino! — dijo.

—Aun no es demasiado tarde...

—Temo que sí... He caído muy bajo...

—Oh, no...

—Sí, lo es, pero... no es demasiado tarde para hacer algo en favor de la mujer que amo

—terminó mirándola con ojos devotos—. ¡Esperéme usted aquí!

Y se alejó tambaleándose mientras Juanita pedía a Dios que Barry le devolviese aquellos bonos que constituyan la prueba de la inocencia de su novio.

¡Pobre Barry! ¡Le tenía lástima! En el fondo era un buen corazón.

Allá en una de las estancias reservadas del cabaret, los cómplices de Barry hablaban sobre el fracaso de la intentona.

—“El Conde” no puede tardar — dijo el llamado Bill—. Quedó en explicarnos la causa de resultar fallido nuestro último “golpe”.

Apareció “El Conde”. Estaba furioso.

—La protegida de Barry es una confidente — dijo—. Ella fué quien puso sobre aviso a los del almacén.

—¡Maldita mujer!

—¡Barry la trajo con nosotros y es responsable! También con él ajustaremos cuentas! — insistió “El Conde”—. Cojan todos sus armas. Vamos a llegarnos a la casa donde ha instalado a la muchacha.

Armados todos, salieron en dirección del suntuoso domicilio de Juanita. Querían castigar a los dos.

Mientras tanto, Barry había ido al Banco donde con supuesto nombre tenía una caja alquilada.

Después de dar la contraseña al empleado nocturno entró en la cámara acorazada, abrió su departamento y extrajo los bonos Woodstock.

¡Pobre Juanita! Le devolvería aquellos documentos. ¡Hermosa alma de mujer llegada

al sacrificio por el amor! ¡Si él hubiese encontrado en su vida una mujer que le quisiera así!

Y volvió veloz a casa de Juanita.

En ella acababan de entrar “El Conde” y los demás cómplices.

Juanita, horrorizada, les franqueó la puerta.

—¿Dónde está Barry? — preguntó “El Conde”.

—¡No sé!

—No sabes, ¿eh? ¡Infame! ¡Ah, confidente! ¡Prepárate a morir! Es ley de nuestra vida. ¡Quien nos traiciona, muere!

En aquel instante penetró allí Barry. Vió a aquellos hombres que amenazaban a Juanita y además a “El Conde” abrazando a la linda mujer.

—Canallas... ¿qué es eso? — rugió.

“El Conde” se volvió y se echó a reír.

—Mire, Barry — dijo—. Si esta “palomita” no fuese una detestable confidente, la tomaría para mí. Un beso vale aún la pena.

Y la hubiese besado de no recibir un certero puñetazo de Barry que le derribó.

Levantóse “El Conde” penosamente y dijo a tiempo que amenazaba a Barry con un revólver:

—Vamos a llevarnos a esa mujer a dar una vuelta. ¡Y si usted se opone, le hará compañía!

Barry no era cobarde. Nada dijo pero acercándose a una mesita donde estaba un cofre

Lleno de cigarros extrajo tranquilamente uno. Y aprovechó un instante de distracción para coger el revólver que estaba allí guardado y amenazar a todos:

—¡Alto ahí! — gritó. — Yo soy vuestro je-



—*Quien nos traiciona, muere!*

fe, acordaos! ¡Y este asunto lo vamos a ventilar a solas tú y yo!

Y señaló a "El Conde" ordenando a los demás que abandonasen la casa.

Los ladrones marcharon, cabizbajos, dando

miradas de rencor a Juanita. Por culpa de esa mujer el jefe estaba perdiendo la cabeza.

Quedaron solos los dos hombres y Juanita.

"El Conde", que había tenido que bajar el brazo, sostenía aún en sus manos el revólver.

—Tire el revólver al sofá — le dijo Barry.

El miserable en vez de hacerlo hizo ademán



—*Vamos a llevarnos a esa mujer a dar una vuelta.*

de disparar contra Barry, pero éste rápido y oportuno le descerrajó un tiro.

“El Conde” hizo una pируeta trágica y cayó muerto.

Juanita, horrorizada, se acercó a Barry... ¡Dios mío, cuánto horror!

—No tema usted — le dijo él con amarga sonrisa—. ¡Marchemos! Pero ante quiero entregarle los bonos Woodstock... Se los trae para que salve a su novio... al muchacho que nosotros hundimos.

Ella, llena de emoción, besó aquellos documentos que serían la salvación del hombre que amaba.

—Y usted ¿qué va a hacer? — le preguntó.
— ¿Cómo escaparé?

—Me iré para siempre. ¡Esta será la gran escapatoria de mi vida!

Bajaron a la calle, cerrando cuidadosamente la habitación en la que quedaba “El Conde” muerto. Barry llamó a un taxi e hizo subir a la joven.

—¡Adiós, Juanita! — le dijo, emocionado—.
¡Y alguna vez acuérdese de mí!

—¡Sí, sí; adiós, Barry, adiós!

Le dijo adiós hasta que el coche se perdió en la lejanía.

Barry quedó solo en la calle.

Cerca estaba un automóvil ocupado por los cómplices de Barry. Los miserables llamaron a éste. ¿Venía o no? ¿Es que les iba a traicionar?

Barry movió la cabeza con desprecio. ¡No, no quería saber nada de ellos!

Y avanzó lentamente por la acera.

Bill, uno de los cómplices, empuñó un revólver y desde el coche murmuró:

—Este hombre nos traicionará como lo ha hecho la mujer. Acabemos con él.

Y disparó. La bala fué certera. Barry se puso las manos en el vientre y arrastróse penosamente, moribundo.

Los cómplices quisieron huir. La policía, atraída por el disparo, llegó a tiempo de alcanzarlos a todos... amarrando a toda la banda.

Unos guardias descubrieron más tarde a Barry caido en tierra, muerto.

—Uno de la refriega que está fuera de combate — dijo uno.

—Es el fin obligado de todos estos que no se sabe de qué viven — respondió otro.

Y allá quedó sobre la acera el cuerpo inanimado de Barry, el aventurero, que había dignificado su vida con un hermoso gesto devolviendo los bonos que harían la felicidad de una mujer y un hombre.

FIN

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

44

B.